



ARTÍCULO

PRESENCIA. MIRADAS DESDE Y HACIA LA EDUCACIÓN, N.5 (2020)

Colegio Stella Maris <http://www.stellamaris.edu.uy/>

Montevideo - Uruguay

ISSN 2393-7076

No mejor: diferente**Enrique Puchet C.**

4

En los últimos años, ha venido desplegándose una suerte de culto de la diferencia. La palabra misma, *diferencia*, ha llegado a parecer significativa sin más aclaración. Hacer preguntas al respecto suena, sin más, a desconocimiento. Es notorio que toda alusión a lo no-formal (en el sentido amplio), a lo marginal, a lo característico de minorías o prácticas largamente ignoradas goza a priori de simpatía y aprobación.

El giro, cada vez más acentuado, encarna sin duda un principio de justicia, de reparación necesaria: efectivamente, las minorías han sido postergadas; los valores oficiales han desconsiderado o destituido, de toda razón de ser, las manifestaciones oriundas de grupos menores, colectividades o "tribus", que ahora reclaman su lugar al sol. (Los que tenemos mucho –no importante– pasado que evocar podemos decir, con sustancial veracidad, que nuestra Enseñanza Secundaria parecía ideada para excluir, del estudio de "las artes y las ciencias", todo lo que ostentara aspecto de folclórico).

Se trata de una reacción que, a su vez, incurre en extremosidades que hay que examinar más de cerca. Nos atrevemos a pensar que nada bueno puede esperarse de una "revancha" cuyo primer efecto –indeseable– será privar a los excluidos de instrumentos con qué hacer valer sus justicieras reivindicaciones. No es bueno que los reclamemos,

cualquiera sea su origen, se priven de los recursos de la lógica argumentativa. Paralelamente, ningún beneficio se derivará de esa especie de avergonzamiento que se apodera de los "letrados", gramaticalizados y sostenedores del "nivel de clase media" ante la ofensiva desatada por quienes –repetimos que con justicia– se agravian de la desestimación de que se los ha hecho objeto. Es tiempo de pronunciar algunas afirmaciones incómodas. La Cultura –arte, ciencia, actitud crítica, normas de convivencia civilizada– tiene todavía mucho que decir, ante todo, a los que han sufrido incomprendimientos excluyentes. El idioma que promedialmente hablamos no tiene por qué ser un arma de opresión con la que el "culto" toma la palabra arrebatándosela a los que lo hablan imperfectamente. Si es fiel a su historia, la lengua admitirá cambios, incorporará neologismos, revisará expresiones tramposas, como la de "raza". No por eso renegará de su condición de medio capaz de propiciar una interlocución cada vez más fecunda y compleja –fecunda por ser compleja, precisamente–. El docente que introduce matices semánticos no lo hace por prurito académico.

En otro terreno: la admiración que puede despertar el óleo de Petrona Viera, "Meditando", no apunta a descalificar formas de la pintura más cercanas a la vida de todos los días, más "viscerales". Aun al profano le es dable percibir el calculado ritmo de ciertas partituras de Alejandro Scarlatti, sin que ello signifique dar muestras de aristocratismo arrogante. Sí, hay que admitir, creemos, que las elaboraciones dotadas de sutileza son artísticamente superiores, por más que los términos así reunidos se hayan vuelto malsonantes. Es de todo tiempo la "consigna" que encarga a la educación general cultivar los gustos difíciles.

Clásico

Es sólito que la cuestión de superioridad e inferioridad se plantee a propósito de los clásicos. Así, el muy conocido fragmento platónico que es habitual llamar "Alegoría de la Caverna" (República, libro VII, 514a ss.), que abunda en valoraciones gnoseológicas y ético-políticas, hace pensar en criterios para decidir acerca del controvertido par mejor/peor. Nos interesa leerlo, no ya como la recomendación del retraimiento del sabio, sino como garantía de la confianza en que, con mayor exigencia en el saber, se accede a mayor lucidez en los asuntos prácticos; por donde se va a dar al elogio, digamos, pragmático de una orientación de vida que, teniendo en sí "algo de divino", habilita como ninguna otra para llevar adelante cualesquiera desempeños, lo mismo privados que públicos (517c, 518e). El evadido de la prisión prueba su

superioridad cuando, retornado al reino de sombras, se muestra más competente que los que no han abandonado su condición "natural". Ciertamente que esa competencia incluye un sentido de lo ideal ajeno al modo acrítico de abordar los temas de la polis.

Este es el lenguaje que hay que hablar a los privilegiados, un lenguaje que les recuerda su responsabilidad como individuos que se han elevado a la difícil contemplación de los paradigmas:

Se han hecho más capaces que los demás para ligar filosofía y política. Así es que les toca bajar a la morada común y habituarse a discernir las sombras. Una vez acostumbrados a la oscuridad, tendrán una visión mil veces mejor (*belition*) que la de los demás, puesto que reconocerán cada imagen y lo que representa habiendo contemplado los verdaderos ejemplares de lo bello, lo justo y lo bueno... (520c).

Prestigioso, pero, a estas horas, no inmune a objeciones. Se dirá, probablemente: La gran formación, llámese o no Paideia, es la que se consolida en la experiencia de la vida; por lo tanto, no la que refluye sobre lo cotidiano tras la contemplación de modelos eternos: ¿cómo asegurarse de no ser esta una ilusión? En último término, no es cuestión de mejor/peor, sino de...*diferencia*: uno, es el "largo rodeo" de la ciencia y de la conciencia ilustradas; otro, el camino de todos, que no se distingue del puro y simple hecho de vivir.

El argumento sería persuasivo si no mediara una circunstancia singular. En el "imaginario" al que nos atenemos usualmente hay más platonismo que el que estamos dispuestos a reconocer. Se aloja en él un soterrado tributo a las "virtudes" de la idealidad y del saber. Se lo observa en las actitudes ante líderes y dirigentes, en especial ante los que aparecen y reaparecen en los **media** al frente del devenir político de los países. El elogio de la insuperable experiencia de la vida sobreentiende que el portador de ella –el conductor– ha extraído una sabiduría imbuida de desinterés, de sacrificio en bien **de otros** (lejos, por ende, del miope egocentrismo de los "utilitarios"), todo lo cual tiene una buena dosis de Filosofía aliada de la Política, concepto entrañablemente platónico.

Por otro lado, es perceptible que se tiende a ver en los hijos espirituales de la Academia (ministros de Estado, empresarios, consultores) individuos particularmente autorizados a concebir planes de largo alcance –¿quién mejor pertrechado que un ingeniero-economista?– y medidas reparadoras de la inequidad social. De nuevo, el clasicismo utópico de la *República*, si acaso teñido de "socialismo", se deja presentir en el fondo de aprobaciones acríticas que se pretenden emancipadas de toda tradición

histórica. (Pasemos por alto otra filiación también identificable: esa "fe implícita" en los tecno-científicos recuerda el elenco de depositarios del "poder espiritual" que alimentaba las esperanzas de Auguste Comte).

x

No se vea ironía en lo que antecede, en todo caso, irónica sería la situación misma. Intentamos poner de relieve que, a pesar de que las apelaciones a superioridades no son actualmente merecedoras de aprecio explícito, no por eso dejan de insinuarse en manifestaciones que llenan el "espacio público". Antes que ignorarla, es preferible enfrentar la posible duplicidad que haya en esto.

Moderno

Los seres racionales llámanse *personas* porque su naturaleza los distingue ya como fines en sí mismos, esto es, como algo que no puede ser usado meramente como medio, y, por lo tanto, *limita* en un sentido todo capricho (y es un objeto del *respeto*).

I. Kant

Si nos movemos del campo del conocimiento al de las acciones susceptibles de calificación *moral*, otras complejidades aguardan al que procure hacer valer modos de abordaje –teóricos, reflexivos– que quizás *superen* la conducción común y corriente de los incidentes cotidianos. Como se acostumbra decir, todo el mundo es aquí juez competente y nadie está calificado para decidir sobre bondad y maldad de los procederes de su prójimo.

El argumento, de amplia difusión, tiene una fuerza incuestionable. Obliga a dar un rodeo, más acá de disputas sobre quién hace bien y quién no. Es posible hacer ver, si no la superioridad en sentido estricto, sí la capacidad de la reflexión inhabitual para enriquecer los desempeños vitales –cómo tratarnos unos a otros–, con los que de todos modos estamos comprometidos. Si esto se vuelve verosímil, asegurará un puesto para un tipo de filosofar, tradicionalmente llamado *Ética*, siempre sospechado de quehacer ocioso.

x

Abordado sin prurito sistemático, leído (por así decirlo) fijando la vista en los intersticios de la argumentación, un trozo de Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785), 2da. sección, se presta para ensayar la prueba que nos atañe. Solo enumeraremos unos pocos puntos que nos parecen pertinentes.

1. Es notorio que a Kant le ha importado señalar los engaños a que se expone la autovaloración acerca de los verdaderos móviles del acto. Nunca se puede estar seguro de actuar con desinterés absoluto –en términos kantianos– con una estricta sujeción al deber-ser. Un personaje entra constantemente en escena: "el amado yo" (sic), la referencia a sí propio como merecedor de homenaje, compasión, excusa, que no tiene dificultad en vestirse de devoción por los demás. (Advertencia solo de paso: ya es hora de abandonar el mito de la ética dieciochesca vista como la teoría del "burgués egocéntrico").

Sin irritarnos con el recurso al deber-ser, lo sustancial es que reconozcamos que hay que estar vigilantes: cierta manera de objetar la labor ajena, que asevera responder al cuidado de la seriedad del trabajo científico, bien puede obedecer –¡y con cuánta falta de libertad!– a la turbación que el "amado yo" experimenta ante el logro ajeno; ciertas maneras de prestar auxilio suelen responder a la necesidad de tener sometido al auxiliado (por eso pudo contarse la espléndida metáfora de la mano derecha y la mano izquierda).

No sirve apresurarse a descartar aportes beneficiosos. Un tiempo como el nuestro, que asegura preocuparse por la autenticidad personal, –no reglas: conductas– no tendría que desechar esta sutileza kantiana, la cual, en último término, apunta a sacar a luz comportamientos alienantes.

2. También en el sentido de la autenticidad va la severa exigencia, presente en este escrito y en otros lugares de la obra de Kant, según la cual no es un balance estadístico lo que ha de decidir los procederes que hacen de alguien un individuo confiable. (En Platón, diálogo **Alcibíades I**, se menciona la dudosa autoridad de "los muchos" como regla de validez). Aunque la deslealtad esté generalizada, los deberes de "amigo fiel" son inexcusables; aunque la mentira sea universal, no se está eximido de ser veraz. ¿Escrúpulo de pietista ajeno al mundo? No lo creen así las apelaciones al decir-franco que se oyen a diario, precisamente en boca de briosos exponentes de una ética nueva. Todo está en que nos dispongamos a mirar debajo de la áspera superficie. El filósofo, es cierto, se halla diversamente condicionado; pues, como se lee en la *Fundamentación*, "no es nada difícil hacerse comprender por el común de los hombres cuando para ello se renuncia a toda profundidad de pensamiento". La voluntad de hacerse entender, empero, ha de estar siempre allí.

3. Es preciso admitir que la pausada elaboración de la cuestión ética, desarrollada filosóficamente, abunda en prevenciones y distinciones que cualquiera de nosotros juzgará impertinentes o, peor, caídas en una pretensión de autoritarismo emparentada con el teologismo (reaparece el cuasi-fantasma de la formación cristiano-pietista, en Kant). Pero hay que preguntarse si esta marcha paso-a-paso y este modo rigorista de apreciar móviles de la acción –inclinaciones, placer, felicidad– no da acceso a una reflexión necesaria en nuestra época. Hay demasiadas manifestaciones de insatisfacción en medio del bienestar fundado en cosas, demasiadas adhesiones y repulsas a la vez compulsivas y frágiles, demasiada violencia impía en que el sujeto se arroja sobre el objeto que lo obstruye o lo defrauda..., demasiados fenómenos de este orden, pensamos, como para desechar, a pretexto de que es "abstracto" e impracticable, un esfuerzo de "fundar la moralidad sobre principios verdaderos, producir así disposiciones morales puras e inculcarlas en las almas para bien de la vida presente".

A los educadores debería serles evidente que la literalidad de las fórmulas no tiene que engañar sobre la pertinencia de un empeño de todos modos recuperable.

(nov./2012)